

ACTAS DEL II CONGRESO IBERO-ASIÁTICO DE HISPANISTAS (KIOTO, 2013)

Shoji Bando y Mariela Insúa (eds.)



MISERICORDIA VS. JUSTICIA: LA CARIDAD SEGÚN DON QUIJOTE Y MONTAIGNE

Aitor Bikandi-Mejias
Saint Louis University, Madrid Campus

Ante la ejecución/linchamiento de Gadafi, en octubre del 2011, hubo reacciones jubilosas en Libia de gente que pensó que ¡al fin! se había hecho justicia. También hubo en Occidente quien se escandalizó, como si nuestra visión de la misma fuese muy superior (por ejemplo, tirar los cadáveres al mar, ‘que es el morir’). Aunque quizá sea verdad; se hizo justicia.

Un pedestal de nuestro ordenamiento social es la ley y la condena; siendo el juicio su materialización en la esfera social y su representación simbólica. Es verdad que un proceso judicial es necesario a la hora de condenar actuaciones inaceptables, reparar el cuerpo político, y no caer en el riesgo de integrar simbólicamente en la esfera pública actos monstruosos¹. Para Arendt, los procedimientos criminales son obligatorios, aunque la víctima prefiriera perdonar y olvidar, porque «a crime is not committed only against the victim but primarily against the community whose law is violated» (Arendt, 1992, p. 261). Hannah Arendt, reflexionando sobre la época que está viviendo, cuando realiza el informe sobre el juicio de Eichmann en Jerusalén en la primera mitad de la década de 1960, asimismo sostiene que todo el mundo parece de acuerdo en que no tiene derecho a juzgar a

¹ Grotius explica que el castigo es necesario «to defend the honor or the authority of him who was hurt by the offence so that the failure to punish may not cause his degradation» (Arendt, 1992, p. 287).

nadie². Quizá lo viera de esta manera en su momento; sin embargo, no creo que sea el caso de nuestro siglo. Vivimos en este embrujados por la aplicación de la justicia, venerada en el altar civilizador, y por su exposición mediática. La Inquisición y muchos procesos revolucionarios también han conocido juicios públicos en teatros atestados de gente, con el fin, se supone, de posibilitar la reconciliación social de los condenados³. No era así en la práctica: los condenados eran repudiados y señalados; y el juicio, convertido en puro espectáculo.

Desacralizadas la vida y la naturaleza, hemos sacralizado la Justicia y su brazo ejecutor, el Estado. No obstante, frente a aquella —y su correlato, el castigo—, otras miradas enfatizan el Perdón; cuestión que está en el candelero en muchos países hoy día (Sudáfrica, Argentina, Irlanda del Norte, los países del ex-bloque soviético, Egipto, el País Vasco, etc.). Continuamente la humanidad se ha enfrentado y se enfrenta a la necesidad de curar procesos traumáticos. ¿Perdón o castigo?; ¿hasta qué punto se puede o se debe perdonar? El filósofo francés Derrida, por ejemplo, piensa que el perdón debe llegar a perdonar «lo imperdonable»; Kristeva lo matiza: lo imperdonable puede ser perdonado, no borrándolo, sino reconociendo el sufrimiento y el crimen (Kristeva, 2002, p. 282). Si de perdonar se trata, Montaigne y don Quijote nos iluminarán. En este trabajo precisamente me centraré en la dialéctica misericordia/justicia que mantienen los *Ensayos* del pensador francés y la novela cervantina; en los que se llega a valorar aquella por encima de esta. Caridad y amor al prójimo conducen a Cervantes y Montaigne —personas con un gran compromiso humano con respecto a sus semejantes—por esta ruta, hacia la que debería caminar el nuevo/viejo ser que intentan alumbrar⁴; y que creo nos puede servir de inspiración en nuestra conflictiva actualidad.

² «Justice, but not mercy, is a matter of judgment, and about nothing does public opinion everywhere seem to be in happier agreement than that no one has the right to judge somebody else» (Arendt, 1992, pp. 296-297).

³ Se menciona así en la obra de Arendt: «Justice must not only be done but must be seen to be done» (Arendt, 1992, p. 277).

⁴ Cervantes publica las dos partes de *Don Quijote* durante el tránsito hacia el Barroco. La edición, ya póstuma, de los *Ensayos* completos de Montaigne es de 1595; moviéndose así el pensador francés entre los límites estrictos del Renacimiento. Ambos autores comparten —aunque probablemente Cervantes no tuviera noticias del escritor galo—, no obstante, espíritu y mentalidad; beben los dos del manantial renacentista y humanista, en su caso además, con un profundo sello cristiano. Un análisis de los *Ensayos* de Montaigne y del *Quijote* nos conducirá, por lo tanto, por

Estos dos espíritus de tiempos supuestamente más brutales, dedican a la sociedad una mirada compasiva que brota del manantial evangélico. Pascal ya señala que la caridad es el único objeto de las Escrituras (Pascal, *Pensamientos*, p. 126); y para San Agustín, el solo camino a la verdad. Disponer de una bondad natural y un carácter generoso nos proporciona, estimo, una comprensión más profunda de la naturaleza humana y sus flaquezas; compañeros somos en este *valle de lágrimas*⁵. Este legado de rebeldía no solamente se percibe en el cristianismo, sino asimismo en otras religiones. El Dalai Lama, también conocido como ‘El Buda de la compasión’, tiene dicho: «Hay que sentir compasión por las personas, no por las acciones»⁶. El Islam empieza sus invocaciones con la frase: «En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso».

Montaigne, al que en su vida le tocó ser testigo de los horrores provocados en Francia por las guerras de religión, ya declara por ejemplo no odiar a nadie y ser enemigo de injuriar (Montaigne, *Ensayos*, p. 903). Le correspondió también administrar y repartir justicia como alcalde de Burdeos (cargo para el que fue relegido por otros dos años), y no obstante, «cuando la ocasión me ha convidado a hacer condenas de criminales, he preferido faltar a la justicia» (Montaigne, *Ensayos*, p. 903). Esta aseveración, al elegir la misericordia sobre la legalidad, puede parecer hoy día casi escandalosa, o revolucionaria⁷. En *Los miserables* de Víctor Hugo (que distingue entre «cierta justicia, según Dios, contraria a la justicia, según los hombres»)⁸, en afirmación cristiana, el obispo Monseñor Bienvenido

algunas sendas paralelas: desde la comparación entre las armas y las letras, a la situación de la mujer y la relación entre locura y fe, entre otras.

⁵ Hannah Arendt —progenitora de la idea de ‘la banalidad del mal’— dejó escrito que sólo el bien tiene profundidad y puede ser radical; «one cannot extract any diabolical or demonic profundity from Eichmann [el criminal nazi juzgado en Jerusalén en 1961]» (Arendt, 1992, p. 288).

⁶ Aristóteles, reprochado por haber sido misericordioso con un hombre malo, responde: «Fui misericordioso con el hombre, no con la maldad» (Montaigne, *Ensayos*, p. 903). Kristeva sostiene algo parecido: se debe perdonar a la persona, pero no el acto (Kristeva, 2002, p. 280, N. 2). El Islam odia el robo, pero no al ladrón.

⁷ Tito Livio: «Quisiera que no se delinquiese, pues me falta valor para castigar al que delinque» (Montaigne, *Ensayos*, p. 903, N. 354).

⁸ «Era para su alma un mundo nuevo [...] la misericordia, la indulgencia [...] la acepción de personas; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad

había igualmente reflexionado: «el juez habla en nombre de la justicia: el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es sino una justicia más elevada» (Hugo, *Los miserables*, p. 44). ¿Acaso sea más fácil aplicar la justicia que hacer lo justo?; porque «las leyes se mantienen en crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes. Ése es el fundamento místico y único de su autoridad, y lo aprovechan en abundancia [...] Nada hay tan grave, vasta y ordinariamente defectuoso como las leyes» (Montaigne, *Ensayos*, pp. 910-911).

El apóstol Santiago ya nos había interpelado categóricamente: ¿tú quién eres para juzgar a tu prójimo? (*Biblia del Peregrino*, Santiago, 4,12). Y el mismo Jesucristo: «No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá» (*Biblia de Jerusalén*, Mateo, 7,1-2); pues ¿quién de nosotros está libre de pecado?... que ¡«arroje la primera piedra»! (*Biblia del Peregrino*, Juan, 8,7)⁹. «¡Oh, justicia hambrienta de la sangre del inocente!», exclamaba Montaigne (Montaigne, *Ensayos*, p. 440). Posiblemente por ello, don Quijote, al ver a los galeotes encadenados por el camino, reflexiona sobre lo duro que es «hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres»; declarando que ya se encargará Dios de premiar o castigar, y «no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres» (Cervantes, *Quijote I*, p. 273). Don Quijote sólo piensa en la salvación de los prisioneros, sin importarle lo que digan las leyes, imperfectas por ser humanas:

a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas, o por sus gracias; sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías (Cervantes, *Quijote I*, p. 371).

de una lágrima en los ojos de la justicia; cierta justicia, según Dios, contraria a la justicia, según los hombres» (Hugo, *Los miserables*, p. 1225).

⁹ El Papa Francisco ha reflexionado: «Si una persona es gay y busca al Señor y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarlo?» (Domínguez, 2013, p. 44). El Caballero del Verde Gabán, en quien se ven representados idearios del propio Cervantes (López Fanego, 1979/1980, p. 167), frente a las alabanzas de Sancho, manifestará: «No soy santo [...] sino gran pecador» (Cervantes, *Quijote II*, p. 154).

Jesucristo predicó: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (*Biblia de Jerusalén*, Mateo, 5,10).

Don Quijote, caballero andante y peregrino cristiano, se alza crítico con la fría venganza, metáfora de la ley. La ética cristiana se encamina al perdón; y el hidalgo manchego, al ofrecer sus consejos a Sancho Panza cuando va de gobernador a la ínsula, le advierte para el buen gobierno, en punto álgido de su conciencia caritativa:

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, muéstratele piadoso y clemente; porque, aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia (Cervantes, *Quijote II*, p. 359).

Sancho Panza, de por sí caritativo y compasivo, actuando de juez en su Ínsula de Barataria, sigue el consejo de don Quijote en una de sus actuaciones y cuando la justicia está en duda, se decanta y acoge a la misericordia (Cervantes, *Quijote II*, p. 427).

Hoy día, cuando parece la presunción de culpabilidad ser superior a la de inocencia, similar carga de profundidad evangélica supone aquella que le hace pronunciar Víctor Hugo a Monseñor Bienvenido:

El Eclesiastés os llama Todopoderoso[;] los Macabeos os nombran Creador; la Epístola a los Efesios os llama Libertad; Baruc os nombra Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y Verdad; Juan os llama Luz; los reyes os nombran Señor; el Éxodo os apellida Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creación os llama Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y éste es el más bello de vuestros nombres (Hugo, *Los miserables*, p. 23).

Si de divinizar se trata, que sea el Perdón. Este es un acto de amor. Misericordia llamaba Salomón a Dios, y la Clemencia y el Perdón son la base del legado de Cristo. Algo que lo reconoce el apóstol Santiago en su Carta: «La piedad triunfa del juicio» (*Biblia del Peregrino*, Santiago, 2,13).

Hablando de la venganza, reflexiona don Quijote, «la santa ley que profesamos [...] nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen» (Cervantes, *Quijote II*, p. 254). Legado contra corriente que se diluye cada vez más en una

actualidad de ‘tolerancia cero’ (¿tolerancia cero=intolerancia?). Pronunció Cristo: «Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen» (*Biblia del Peregrino*, Mateo, 5,43-44). Ya que, ¿qué mérito tenemos si sólo amamos al que nos ama? (*Biblia del Peregrino*, Mateo, 5,46)¹⁰. Montaigne, comentamos anteriormente, asimismo no guarda odio ni a sus enemigos: «Así como me disgusta emplear acciones legítimas contra aquellos a quienes les desagradan, así me cuesta trabajo ejecutar acciones ilegítimas contra los que gustan de hacerlas» (Montaigne, *Ensayos*, p. 903)¹¹.

Esta manera de pensar, en una época tan racionalista (y al mismo tiempo tan permeada por la apocalipsis tecnológica) como esta en que vivimos, parece más cercana a la bobería infantil que a un pensamiento maduro y científico. El eclesiástico en la corte de los duques reprende a don Quijote:

Este don Quijote, o don Tonto [...] no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano [...] Y a vos, alma de cántaro [...] volveos a vuestra casa [...] dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen (Cervantes, *Quijote II*, pp. 281-282).

Las palabras de Séneca que invoca Montaigne habrían sido una réplica impecable: «Desde que aparecieron los doctos, desaparecieron los buenos» (Montaigne, *Ensayos*, p. 99, N. 125). Por su lado, responderá don Quijote al eclesiástico: «Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas» (Cervantes, *Quijote II*, pp. 283-284).

Cuando don Quijote le da consejos a Sancho Panza, otro bufón, sobre cómo ser un buen gobernador, al final piensa el hidalgo que su escudero («más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno») lo hará bien: «Buen natural tienes, Sancho, sin el cual no hay

¹⁰ Continuará el evangelista: «¿Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular?» (*Biblia de Jerusalén*, Mateo, 5,47). Las palabras anteriores de San Mateo las cita Cervantes en su Prólogo (Cervantes, *Quijote I*, p. 55).

¹¹ Significativamente cita a Tertuliano (*Apologético*): «Antes que derramar la sangre de los culpables, es preferible hacérsela subir a la cara» (Montaigne, *Ensayos*, p. 38, N. 39).

ciencia que valga» (Cervantes, *Quijote II*, p. 365). Una idea que habría sido firmada por los Evangelios; pues los conocimientos por sí solos no sirven de mucho, si se carece de un corazón compasivo: admiramos al rico, al inteligente, al hábil, al poderoso, y miramos de soslayo al bondadoso. Montaigne transita esta vereda; llenamos la cabeza de ciencia, «pero poco de cordura y virtud. Si pasando dos hombres ante nosotros decimos de uno: “Es un sabio”, y de otro: “Es un hombre bueno”, todos los respetos y miradas irán al primero. [...] Habría que inquirir, no obstante, quién es mejor sabio y no quién es más sabio» (Montaigne, *Ensayos*, p. 95)¹². En testamento de intenciones, afirma: «Toda ciencia es dañosa a quien no tiene la de la bondad» (Montaigne, *Ensayos*, p. 99). Y más adelante:

Vuelvo aquí a mi viejo tema de la ineficacia de nuestra educación, que no quiere hacernos buenos y prudentes, sino sabios. Así, no nos enseña la virtud y la discreción, y sí su derivación y etimología. Sabemos analizar la virtud y no sabemos amarla. Ignoramos por efecto y experiencia la prudencia, pero la conocemos verbalmente y de memoria (Montaigne, *Ensayos*, p. 569)¹³.

Creo que debiera servir esta cita de inspiración para nuestras universidades. Mucho tiempo después, Albert Einstein, quien consideraba de capital importancia la búsqueda de una estructuración ético-moral de la vida en común, constató: «Aquí no nos puede salvar ninguna ciencia. Incluso creo que la sobrevalorización de lo intelectual en nuestra educación, dirigida hacia la eficacia y practicidad, ha perjudicado los valores éticos» (Einstein, 1986, p. 26)¹⁴.

Cervantes y Montaigne, Montaigne y Cervantes, autores con un gran compromiso humano con respecto a sus semejantes, valoran la caridad y el amor al prójimo, bases de la enseñanza de Cristo: «Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; pues si no

¹² Don Quijote había dicho a don Diego de Miranda: «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así, se han de querer [...] a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud» (Cervantes, *Quijote II*, p. 155). Más tarde: «la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale» (Cervantes, *Quijote II*, p. 358).

¹³ Juvenal (*Sat.*, X, 137): «¡Cuán verdad es que estamos más sedientos de fama que de virtud!» (Montaigne, *Ensayos*, p. 232, N. 305).

¹⁴ Pues no es suficiente enseñar una especialidad —nos convertimos así en algo semejante a máquinas—; sino que hay que «recibir un sentimiento vivo de lo bello y de lo moralmente bueno» (Einstein, 1986, p. 30).

ama al hermano suyo a quien ve, no puede amar al Dios a quien no ve» (*Biblia del Peregrino*, 1 Juan, 4,20). La caballería andante, declara don Quijote, lo mismo que el amor, «todas las cosas iguala» (Cervantes, *Quijote I*, p. 154)¹⁵. San Pablo, al predicar sobre la piedad, había dejado escrito: «El amor nunca acabará. Las profecías serán eliminadas, las lenguas cesarán, el conocimiento será eliminado. Porque conocemos a medias, profetizamos a medias» (*Biblia del Peregrino*, Pablo 1 Cor., 13,8-9). Solo el amor permanecerá. Camarada por esta senda, Montaigne asegura sentir «una maravillosa debilidad por la misericordia y la mansedumbre. Tanto, que creo que preferiría la compasión a la estimación» (Montaigne, *Ensayos*, p. 5)¹⁶. El hidalgo manchego (quien muere «tan sosegadamente y tan cristiano», Cervantes, *Quijote II*, p. 591), por su parte, ha decidido incluso favorecer a los necesitados del otro mundo (Cervantes, *Quijote II*, p. 458); ya que, «en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato [...] bien querido [...] de todos» (Cervantes, *Quijote II*, p. 589). Locura de amor; porque «quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe adónde va, porque la oscuridad le ciega los ojos» (*Biblia del Peregrino*, 1 Juan, 2,11)¹⁷.

El Perdón hunde sus raíces en el amor y la caridad. Según Kristeva, aquel no borra la culpabilidad; pero permite renacer y empezar de nuevo (ella lo ve posible en el psicoanálisis; y yo añadiría, en la religión) (Kristeva, 2002, pp. 281-282). Perdonar es un morir y un renacer. Y toda muerte iniciática nos prepara para un «nacimiento a

¹⁵ Recordemos su defensa de la edad dorada, al tomar en sus manos unas bellotas (especie de *magdalenas proustianas*), donde no hay tuyo ni mío (Cervantes, *Quijote I*, pp. 155-157); como en el primer cristianismo: «Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común; vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno» (*Biblia del Peregrino*, Hechos, 2,44-45). Greer supone que Cervantes escribe el *Quijote* como «contrautopía irónica»; rechazando el sueño de (re)crear una edad dorada en la «edad de hierro» (Greer, 2011, p. 218). Sin embargo, tal vez sea un sueño evangélico el de Cervantes.

¹⁶ Aunque reconoce, en su cita de Cicerón (*Pro Ligario*, c. XII): «Nada es tan popular como la bondad» (Montaigne, *Ensayos*, p. 558, N. 457).

¹⁷ Testifica de San Ignacio un monje de Montserrat, hacia 1600, que el peregrino era un «loco de amor de Dios». La locura del corazón; o del sentimiento: debemos «insertar nuestra fe en nuestros sentimientos, o ella será siempre vacilante» (Pascal, *Pensamientos*, p. 299).

una forma superior del ser» (Eliade, 1985, p. 8). En un proceso de reconciliación emblemático y modélico, el de Sudáfrica, se llegó a la conclusión de que hablar es terapéutico¹⁸ (el poder curativo del habla lo ha reconocido asimismo la confesión cristiana y el psicoanálisis); y perdonar, agrego. Eric Lomax —prisionero escocés de los japoneses durante la 2ª Guerra Mundial, y torturado— se encuentra en 1993 con uno de sus interrogadores, Takashi Nagase, que temblando y llorando balbucea sin parar: «Perdón, perdón, perdón...». Eric lo perdona, confesando que se sumió entonces en «un estado de paz y determinación» (y escribirá sobre ello, *The Forgiveness Project*).

Levinas sostiene que la falta nunca es totalmente expiada; y que ser humano es permanecer ‘imperdonado’ (Davis, 2002, p. 302). Quizá de una manera metafísica y existencial, o religiosa, los seres humanos estamos unidos a la culpa. Quizá sea imposible el perdón absoluto (¿cómo perdonar el Holocausto?) (Nelson, 2002, p. 319). Sin embargo, sin un cierto Perdón, de nuestros semejantes o de un Dios/Padre (en la religión cristiana, la sangre derramada por Cristo en la cruz lava nuestros pecados; este perdón posibilita un re-nacer a una existencia superior, dentro de la nueva fe), es imposible vivir¹⁹. Es verdad que aquel, en gran medida, es un acto privado por parte de la víctima; pero tal vez precisamente de eso se trate: de avanzar no sólo como sociedad en el camino de la reconciliación, sino sobre todo, como individuos.

En este viaje a la Utopía del Perdón, don Quijote y Montaigne han sido faro para el navegante. El caballero manchego da gracias al cielo porque... le «dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos, y mal a ninguno» (Cervantes, *Quijote II*,

¹⁸ La comisión sudafricana ha buscado un rol más terapéutico que legal: hablar es curar (Gallagher, 2002, p. 304).

¹⁹ Habiendo escrito un artículo sobre la necesidad del perdón en los procesos de reconciliación del País Vasco (v. Bikandi-Mejias, 2003), discutí con mi madre, superviviente del bombardeo nazi-fascista de Gernika (Guernica) de 1937. Me dijo a la cara: «Yo nunca perdonaré a quienes bombardearon Gernika». Días más tarde, reconoció: «Tienes razón; hay que perdonar». En una entrevista aparecida en un periódico en 2012, con motivo del 75 aniversario de dicho bombardeo, una tía mía, Concha Bikandi, declara: «Perdonar sí [...] pero olvidar, nunca» (Erdaide, 2012, p. 27). Nelson se pregunta si se puede perdonar sin olvidar (el perdón histórico unido al olvido nos absuelve de la responsabilidad de recordar); es difícil, añade, y no sin prácticas personales y públicas (Nelson, 2002, pp. 318-319).

p. 236)²⁰. La Utopía no tiene lugar, pero es luz que marca una ruta: que nos sirva este faro de guía en nuestro caminar.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, ed. revisada, New York, Penguin, 1992.
- Biblia de Jerusalén*, versión de 1976, Multimania, Diócesis de Osorno (Chile), n.d., Web, 21 Febrero 2012.
- Biblia del Peregrino*, traducción dirigida por Luis Alonso Schökel, Bilbao, Ega-Mensajero, 1993.
- Bikandi-Mejias, Aitor, «El perdón y la Segunda Transición», *Deia* [Bilbao], 3 junio 2003, p. 23.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 2 vols., 5ª ed., ed. Luis Andrés Murillo, Clásicos Castalia, 77-78, Madrid, Castalia, 2003.
- Davis, Colin, «Levinas on Forgiveness; or, The Intransigence of Rav Hanina», *PMLA*, 117, 2002, pp. 299-302.
- Domínguez, Iñigo. «“Si una persona es gay y tiene buena voluntad, ¿quién soy yo para juzgarle?”: Francisco rompe el tabú de las ruedas de prensa y responde a todo tipo de preguntas sobre el IOR, la Curia o sus sentimientos personales», *El Correo* [Bilbao], 30 julio 2013, pp. 44-45.
- Einstein, Albert, *Mi visión del mundo*, 6ª ed., ed. Carl Seelig, Cuadernos Ínfimos, 91, Barcelona, Tusquets, 1986.
- Eliade, Mircea, *Mito y realidad*, 6ª ed., traducción Luis Gil, Punto Omega, 25, Barcelona, Labor, 1985.
- Erdaide, Aritz, «“Su legado será nuestro legado”: Tres supervivientes y sus respectivos nietos relatan sus experiencias acerca del bombardeo de Gernika», *Zerutik sua dator!*, *Deia* [Bilbao], 26 abril 2012, pp. 26-27.
- Gallagher, Susan Vanzanten, «“I Want to Say:/Forgive Me”: South African Discourse and Forgiveness», *PMLA*, 117, 2002, pp. 303-306.
- Greer, Margaret R., «Thine and Mine: The Spanish ‘Golden Age’ and Early Modern Studies», *Theories and Methodologies*, *PMLA*, 126, 2011, pp. 217-224.
- Hugo, Víctor, *Los miserables*, 3ª ed., ed. José Luis Gómez, introducción Alain Verjat, traducción Nemesio Fernández Cuesta, Clásicos Universales, 111, Barcelona, Planeta, 1993.
- Kristeva, Julia, «Forgiveness: An Interview», [Entrevista de Alison Rice], *PMLA*, 117, 2002, pp. 278-295.

²⁰ Shakespeare aleccionaba: «Love all, trust a few. Do wrong to none» (Shakespeare, *All's Well That Ends Well*, Act 1, Scene 1, pp. 257-258).

- López Fanego, Otilia, «Contribución al estudio comparado de Montaigne y Cervantes», *Anales Cervantinos*, 18, 1979/1980, pp. 163-207.
- Montaigne, Miguel Eyquem de, *Ensayos completos*, 2ª ed. introducción Emiliano M. Aguilera, traducción y notas Juan G. de Luaces, «Sepan cuantos...», 600, México D.F., Porrúa, 1999.
- Nelson, Cary, «Forgiveness and the Social Psyche», *PMLA*, 117, 2002, pp. 317-319.
- Pascal, Blaise, *Pensamientos*, edición y traducción Mario Parajón, Letras Universales, 261, Madrid, Cátedra, 1998.
- Shakespeare, William, *All's Well That Ends Well, The Complete Works: Illustrated*, New York, Gramercy Books, 1975, pp. 257-285.